

# Una noche con los anguleros de mi pueblo

*A Pachi Michelena, experto angulero y buen amigo*

Las dos menos cuarto de la madrugada de un día cualquiera del mes de Enero. La Alameda está silenciosa y solitaria. Una fábrica de los alrededores lanza intermitentemente un ¡paf! con adornos de vapor. Otra, monotoniza el silencio con un sordo ¡kun! ¡kun! ¡kun! Nada de músicas, de gentes, de bailongos, ni de arrumacos. Los bares bostezan y quieren cerrar. Pero no lo han hecho aún más que dos. Quedan seis. Y ahora, —un apagón— cinco. Salen dos de «los catorce golfos de siempre», que dice Primi, del bar recién cerrado. Su tema de conversación, el de casi siempre a estas horas: lo mal que anda el mundo y la urgencia de un arreglo inmediato que ponga fin a estas malas andanzas. El arreglo lo han iniciado hace un rato estos dos cierra-tascas de andar vacilante, mirada turbia e ideas más turbias todavía. Las conversaciones sobre el arreglo van a continuar en otro bar de al lado. La distancia que me separa de ellos me impide recoger del todo la conversación. Hay un «cracia» final que suena con mucha frecuencia. El tema debe ser la «tascocracia». Y, ¡por fin!... adentro. A discutir la cosa sobre el terreno.

Estoy solo. No, solo no. Un gato —que por aquello de la noche y tal resulta pardo— atraviesa sin prisa la carretera. Ni autos, ni guardias, ni nada. Frío y noche solamente. El gato debe saberse bien el código de la circulación: las dos rayas amarillas quedan a sus flancos. ¿A qué citable tejado se dirigirá? Parece ir con tiempo suficiente, porque camina lento, sin prisas, dueño de una Alameda que a estas horas le pertenece. ¡Qué distinta y desconocida esta Alameda —cuando aún el cuerpo huele a cama— de la otra, llena de luz y ruido de tarde dominguera!

Un hombre con una «baia», caja y farol, se dirige hacia el puente de Santa Clara. Mi amigo el angulero no aparece. Pero sí otro personaje: un hombre con bastón que trata de vender cupones. Va hacia la tasca donde se han refugiado, hace un rato, los «sopas» de la discusión. ¿Les venderá algún cupón?

Ya está aquí mi amigo. Ha dejado los trastos de pescar en el «puesto» antes de acudir a nuestra cita.

—Hay mucha gente— me dice.

—¿Cuántos?

—Lo menos, doce.

Apretamos el paso. La noche está oscura. El calor de la cama se me ha quedado frío. Desde el puente de Santa Clara, las luces amarillo-sucio de unos farolillos indican que hay ya gente angulera en sus «puestos». Nosotros nos dirigimos río arriba, hasta «Presa».

«Presa», para los renterianos maduros, no necesita más indicación para saber de qué lugar hablamos. Allí hicimos nuestras primeras pruebas natatorias. Allí, el que llegaba a los «primeros palos» era un nadador corrientito; al que alcanzaba «los segundos» y volvía, se le consideraba alguien; el que tocaba los «terceros» y regresaba, «nadaba mucho», y, por fin, el que iba hasta el puente de Fandería y volvía, ése, para nosotros, era todo un tío, nadador de cuerpo entero, pez más que chico y con facultades más que suficientes para atravesar el Canal de la Mancha que se le pusiera delante. Los «palos» y el «puente» clasificaron durante muchos años

a los alevines de nadadores de nuestro pueblo. Y allí —¡cómo no!— pasábamos por vez primera «por donde nos cubría».

Pero ahora estamos de «Presa» para aquí. Las angulas se encontrarán aquí con un muro que no podrán salvar. La marea de hoy no es muy viva y esto será el fin de un viaje —para unas definitivo y para otras temporal— iniciado desde hace mucho tiempo por esos bichitos transparentes —¡misteriosas angulitas!— allí por las Bermudas, en el Mar de los Sargazos. Ellas han recorrido en sentido inverso el mismo largo viaje que realizaron sus progenitores. Los anguleros de mi pueblo las esperan. Paciencia no les falta y buen humor tampoco. Son las dos de la madrugada y la pleamar es a las cuatro. Aún queda una hora de espera, como mínimo, para que las aguas, y las primeras angulas, empiecen a llegar a nuestros «puestos».

—Aquel de allí—me dice un angulero menudo y dicharachero que se nos ha unido—es «Onyárrabi». (Que me perdona la grafía euskérica, pero las palabras van escritas como las recoge mi oído, en gracia a una mayor fidelidad respecto a la pronunciación de mi informador).

O los anguleros tienen ojos de gato, o conocen a los pescadores por sus farolillos. A mí, me parecen todos iguales.

—Onyárrabi es un zorro. Siempre se hace el sordo cuando le preguntas si hay algo. «¡Eh, «Onyárrabi»! ¿Hay algo?» Y nada, no te contesta ni una. Luego te ves con él, te das cuenta de que ha pescado, y te dice que nada ha oído. Que si es algo sordo... ¡Berzas!

Nadie cree aquí en la sordera de «Onyárrabi». Y menos este inquieto y pizpireto pescador que no calla y anima extraordinariamente el ambiente.

—Pero el día pasado ya le fastidié bien.

—¿Te hiciste tú también el sordo?

—No. Estaba yo cogiendo bastante angula y se presentó en mi «puesto» nuestro amigo, el de la oreja dura. «Ba al da?»—me preguntó. Y yo le contesté: «Ezta ba al da.»



La obscuridad de la noche se llena de carcajadas sonoras, vahos de aliento caliente y toses de «contra-kostarri». Todos hemos podido comprobar que este angulero locuaz y vivaracho anda a torta limpia con la lengua de Aitor. Pero no es él quien menos se ríe. Dice que él ya se entiende... Menos mal.

El agua llega ya en oleadas, que resultan ruidosas en el silencio de la noche, a las cercanías de «Presas». Los anguleros entran en acción. Se perciben chapoteos en las aguas oscuras y las conversaciones han cesado. Unos bichitos transparente y babositos están a punto de rendir viaje. Un viaje iniciado a muchísimas millas de «Presas», al otro lado del Atlántico. ¿Qué misterioso impulso les anima a visitar las aguas donde crecieron sus progenitores? Nadie lo sabe. ¿No será que les gusta suicidarse en las «baías» de estos pacientes y joviales anguleros de mi pueblo? Ellas no mueren en motrullón, como unas pescadillas cualesquiera, apresadas en una red antipática y áspera. Los anguleros de mi pueblo las recogen con suavidad en sus «baías». Y ellas se suicidan muy poco a poco: «¡Hala, ahora tú!» «Ahora, vosotras dos.» «Ahora, yo.»

El angulero, lo he dicho antes, es un ser sufrido, paciente, jovial. Lo he podido comprobar. Aguanta la fría noche tomándole el pelo a la luna. Y a las estrellas, si es preciso. Es un pequeño artesano. El se fabrica su «baía», su caja, su gancho y hasta creo que su farol y su vela. No utiliza ningún cebo engañoso tras el que se esconda traicionero anzuelo. En sus pescas no hace aparición la sangre. Todo es suave y simpático. No le importa que su caja —¡con qué ingenio fabricada!— vaya recibiendo huéspedes de uno en uno, de dos en dos... El chiste surge rápido si lo recién pescado no es angula sino algo más gordo e indigno de alber-

garse en su cedazo. Él siempre hace gala de buen humor. Es gracioso, lento y cadencioso el movimiento que imprime a su «baía». El angulero no tiene prisa.

Y las angulas tampoco la tienen en morir. Les gusta la caja del angulero. La llenan de globitos en sus comadros de agonía larga, pero dulce. Agonía suave, sin coletazos ruidosos, sin sangre pringosa. Parece que nunca terminan de morir. Horas y horas después de ser separadas del río, aún se cruzan y entrecruzan, suben y bajan. Hasta en el plato, meta y fin de su existencia, vestidas ya de blanco, parecen tan vivas y escurridizas como cuando se vestían de transparencia. ¡Pena grande que ellas no se enteren de lo grandemente importantes que resultan a la hora de poner precio a sus cadáveres! Entonces —sería el colmo— morirían orgullosas, cantando himnos «sotto voce» —todo lo hacen ellas suavemente— a la noche y al angulero, dueto que las convierte en tema altamente interesante y motivo de preocupación en los medios «tripasais» de mi pueblo.

Esta noche, en la que anguleros y angulas se han visto sorprendidos por la presencia de un extraño, no ha sido de mucho trajín. Pero el intruso ha podido contemplar el cuadro completo. Allí estaban los protagonistas de esta tradicional estampa pescadora de nuestro pueblo: angulas y anguleros. Y, además, la imprescindible noche, marco del cuadro y fondo de la escena. Sin noche —frías y nebulosas de invierno— no hay anguleros, como no hay contrabandistas, ni tierra-tascas, ni gatos enamorados.

Mañana, mis amigos anguleros volverán a sus «puestos». Y pasado mañana. Y al otro.

Rentería mantiene su tradición angulera.

ANTONIO SAINZ ECHEVERRIA  
del G. M. «URDABURU»

#### Continuación de «GENTE DE MAR» (Viene de la página 36)

en San Sebastián sus agentes, los llamados Esterlines, nombre que si a primera vista pudiera tener algún enlace con la moneda inglesa no era así, sin embargo, siendo su influencia y significación tan grandes, que ha merecido de los donostiarros que una calle koxkera lleve su nombre.

En el poema «Heroico» del Mar, el de las grandes hazañas, los guipuzcoanos manejaron la batuta con aliento épico como descubridores de tierras y mares, como navegantes de altura, en expediciones larguísimas a las Indias y diversos Continentes, como guerreros de alcurnia. Citar algunos nombres nos releva de detalles propios de la gran historia: Elcano, Legazpi, Urdaneta, Inciarte (en el siglo XVIII), la Compañía de Caracas, Oquendo, Churruca, los Villaviciosa (de Pasajes), Machín, Uranzu, Zubiaurre (mitad corsario), Irigoyen, estos cuatro de Rentería. Zubiaurre, reposa en la iglesia de nuestro pueblo, e Irigoyen regaló a la capilla del Rosario, de Rentería, la bandera que conquistó al Inglés. En un medallón aparte, como algo verdaderamente impresionante, Blas de Lezo, que era de Pasajes de San Pedro, «cojo, manco y tuerto», resistiendo impávido al petulante Inglés en Cartagena de las Indias, donde yace, olvidado por nosotros. Junto al Hospital de San Antonio, de San Sebastián, hay un pequeño museo, la casa de Oquendo. Visitadla.

Algunas cualidades humanas del vasco —demasiado humanas, tal vez— empujaron a éste a la vida del corsario, del pirata, del negrero: estas vidas están llenas de leyendas, de

fantasías, de aventuras, pero también de realidades que llevan como estandarte la ley del más fuerte y la falta de escrúpulos, dando esta mezcla de valores, como producto, la Novela del Mar, de máximo interés humano: ejemplo, Shanti Andía, Pilotos de Altura, el Capitán Chimista, de Baroja.

En el «andante cantabile» de esta sinfonía incluimos a los industriales como Guilisasti, creador de las grandes anclas, en los terrenos de la Fandería, del Marqués de Iranda, y a su sucesor Gamón; a los hombres de ciencia, cosmógrafos, como Ferrer, de Pasajes, y a Martín Zubieta, de Rentería; a los constructores de barcos. Los astilleros más importantes eran los de Oria y Pasajes. Aquí, nombres tan simpáticos como sonoros: Bordalaborda, Berrachoco, Basanoaga. En nuestro pueblo, La Lonja, Magdalena, Rivera, El Arrabal, otros sugeridores, como Istillu, Loitarte, Azken Portu, Comporta, Asticho... Y es que Rentería, antes de ser un pueblo «de muchos humos», tuvo gran tradición marinera y gentes de arranque y de vigor.

Sirven estas líneas —recopiladas de un libro del Marqués de Seoane, cedido graciosamente por la dirección de la Real Compañía Asturiana— un poco como añoranza, pero, sobre todo, como homenaje y justicia al temple de aquellos bravos, de los cuales no nos enorgullecemos nunca lo bastante de contarlos entre nuestros antepasados.

LUIS SAMPERIO